

EL MONASTERIO COMO AMBITO DE LA VIDA COTIDIANA: ESPACIOS Y FUNCIONES

JAVIER MARTÍNEZ DE AGUIRRE
Universidad de Sevilla

En la segunda mitad del siglo XI, el abad de Cluny Hugo de Semur era consciente de la necesidad de ampliar su monasterio, que, edificado en consonancia con la iglesia del abad Majolus (construcción del siglo X que ha entrado en la historia del arte como Cluny II), resultaba insuficiente para las necesidades siempre en aumento de la cabeza de un «imperio» monástico. Como era frecuente en la época, el auxilio sobrenatural no se hizo esperar. El abad Gunzo de Balma, enfermo en Cluny, recibió la visita nocturna de tres santos especialmente importantes, San Pedro, San Pablo y San Esteban, quienes le confiaron el siguiente cometido: «Levántate hermano y entrega a Hugo, abad de esta iglesia, nuestro encargo: la estrechez de esta nuestra basílica apenas da cabida a la multitud de hermanos. Queremos que el abad construya otra más espaciosa y que no se desanime por los costos. Será nuestra tarea proveer todo lo preciso para esta obra». Tras obtener promesa de su curación y de siete años de vida, testimonio de la autenticidad de la aparición, «Gunzo vio cómo el propio Pedro tendió un delgado cordel y midió la longitud y la anchura (de la basílica). Le mostró también la forma de la construcción y le aconsejó que grabara en su mente el recuerdo de las medidas y las formas». Conforme a tal modelo, Hugo de Semur edificó en veinte años un nuevo templo, «deambulatorio de ángeles», donde los monjes, «sacados de una mazmorra», se animaban por la superficie libre, «adaptada de tal forma a las costumbres monásticas» que todas las celebraciones podían realizarse a la perfección (las citas proceden de la obra de Braunfels que recogemos en la bibliografía).

El texto no alude a una planificación celestial comparable en el resto de las dependencias monásticas. Sin embargo, a nuestros ojos, el monasterio medieval (y Cluny en tanto que una de sus máximas expresiones) aparece como un

logro arquitectónico que bien merecía haber sido producto de diseño sobrenatural, dado que obtiene la perfección material mediante la adecuación entre posibilidades y fines. Cluny destaca como un jalón fundamental en la plasmación de un objetivo: la construcción de un ámbito donde los monjes pudiesen desarrollar su ideal de vida, el dar gloria a Dios. No obstante, no fue modelo a reproducir indiscriminadamente (sus necesidades no eran las de un monasterio cualquiera), ni siguiera es el último peldaño de una larga evolución, que prosiguió más allá de los logros cluniacenses. Vamos a intentar en esta breve exposición, breve para el objeto a estudiar (el monasterio medieval), quizá demasiado larga para el marco habitual de un curso de verano, acercarnos a lo que significó el monasterio medieval como ámbito de la vida cotidiana, en el cual espacios y construcciones obedecían a normas de vida recogidas en las diversas reglas. Para ello abordaremos primero el estudio del monasterio como conjunto de edificaciones desde los orígenes del cristianismo hasta la plenitud medieval; a continuación, trataremos de las peculiaridades de cada uno de los ámbitos, analizados como tipos; para terminar, introduciremos algunas reflexiones de carácter general sobre la arquitectura monástica medieval.

Los primeros monasterios en la Antigüedad e inicios de la Edad Media.

¿Hasta cuándo debemos remontarnos para hacer la historia del monasterio medieval? Evidentemente, el monasterio es un producto del monacato y el origen del monacato constituye una cuestión que excede nuestro estudio; además ya ha sido tratada con profundidad en otros seminarios celebrados en este mismo ámbito de Santa María la Real. Nos llevaría demasiado lejos empezar, como San Jerónimo, con Elías y San Juan, «primeros habitantes del yermo». Nos interesa remontarnos justo hasta donde evidencias materiales nos propongan precedentes claros de lo que será en el futuro el monasterio medieval, complejo organizado. Quizá podríamos llegar con fundamentación hasta la comunidad esenia de Qumram, habitantes del desierto israelí en busca de la paz, la verdad, el ascetismo y el estudio de la Ley, cuya vida ya se ordenaba por medio de una «Regla de la Comunidad». Su «monasterio», habitado entre el 130 a.C. y el 68 d.C., muestra un conjunto de dependencias como refectorio, despensa, sala de reuniones, escritorio, torre-almacén, cocina, hornos talleres, etc., en torno a un patio. Más que un precedente vinculado de manera evolutiva con el desarrollo del monasterio medieval, debemos ver aquí una respuesta comparable a necesidades paralelas, en cuanto que se trata de la existencia de todo aquello preciso para una organizada vida en común, plasmado conforme a uno de los principios

de la arquitectura mediterránea, el de la disposición alrededor de un patio, principio que también será fundamental en el desarrollo de los cenobios medievales.

Entre los orígenes del monacato cristiano, que no precisó inicialmente grandes arquitecturas, sobresalen ya en el siglo V los monasterios sirios. Parece como si, tras las iniciales generaciones herederas directas de San Pacomio o San Basilio el Grande (ambos del siglo IV), la vida monacal hubiera alcanzado una importancia y una consistencia tales que explicarían la grandiosidad de los monasterios sirios, en torno al año 500. La realidad es bien distinta, como apreciamos bien si nos centramos en los conceptos conductores de esta conferencia: los espacios y las funciones de los complejos sirios difieren del paulatino desarrollo de la fórmula monasterial. La gran obra, Qalat Simán, es un monasterio-martirium, con un gigantesco templo formado por cuatro basílicas en torno a la columna central donde vivió San Simeón Estilita. Junto al templo, un patio irregular de considerables dimensiones articula un amplio número de dependencias (parroquia, baptisterio, hospederías entre otras) que no se explican tan sólo para la vida de una comunidad monástica, sino que proceden del resultado de la conjunción de los imperativos de la floreciente peregrinación originada por la presencia del santo, unidos al respaldo que los emperadores bizantinos (Zenon especialmente) otorgaron al lugar. El resultado es, en palabras de Braunfels, «la mayor obra arquitectónica construida en tierras del Imperio de Oriente entre el templo de Baalbeck en el siglo II y la Hagia Sofia del siglo VI». Vinculados a Qalat Simán surgen varios monasterios más, de plantas más o menos ordenadas, donde vemos claustros centrales, capillas en uno de los lados, habitaciones para monjes y, factor definitivo, posadas u hosterías. Y es que de nuevo estos conjuntos, que sobre el papel pueden hacernos pensar en nuestros monasterios medievales occidentales, responden a concretas necesidades de peregrinación. Der Simán, Id Der aplican el esquema mediterráneo de patio con peristilo (claustro) para ordenar a su alrededor las dependencias, solución paralela, no conectada necesariamente, a lo que veremos en nuestra arquitectura medieval.

Las excursiones que podamos llevar a cabo en el monacato oriental no nos proporcionarán tampoco precedentes directos. Incluso, en muchos casos, se alejarán de la ordenación que encontramos en Siria. Tanto si nos vamos a buscar las raíces coptas en Egipto, como si nos interesamos por la rica vida monástica griega, no hallaremos sino recintos sin estructurar o eremitorios excavados en la roca (caso de Egipto, a veces de dimensiones considerables como Bait o como algunos eremitorios de Esna donde se superaron los 200 m² de escavación), o bien los impresionantes conjuntos ortodoxos bizantinos. Es verdad que estos últimos forman estructuras de notable tamaño y conseguida ordenación; sin embargo, dicho orden es básicamente diverso de los cenobios occidentales.

Tomando como ejemplo los monasterios basilios del monte Athos, vemos que existe una organización basada en tres principios: recinto circundante tendente al rectángulo amurallado; ordenación de buena parte de las dependencias (celdas, hospedería, etc.) anejas a la muralla de cierre; colocación de los espacios comunes (iglesia, fuente, refectorio) en situación central. Queda claro que este esquema, tan diferente a lo que examinaremos, responde a un modelo de vida que difiere del monacato occidental en aspectos tan fundamentales como el no alejamiento del mundo o la reducida vida en común. Destaca, eso sí, la presencia de más de una iglesia y la importancia concedida al refectorio, tanto arquitectónicamente como en lo decorativo.

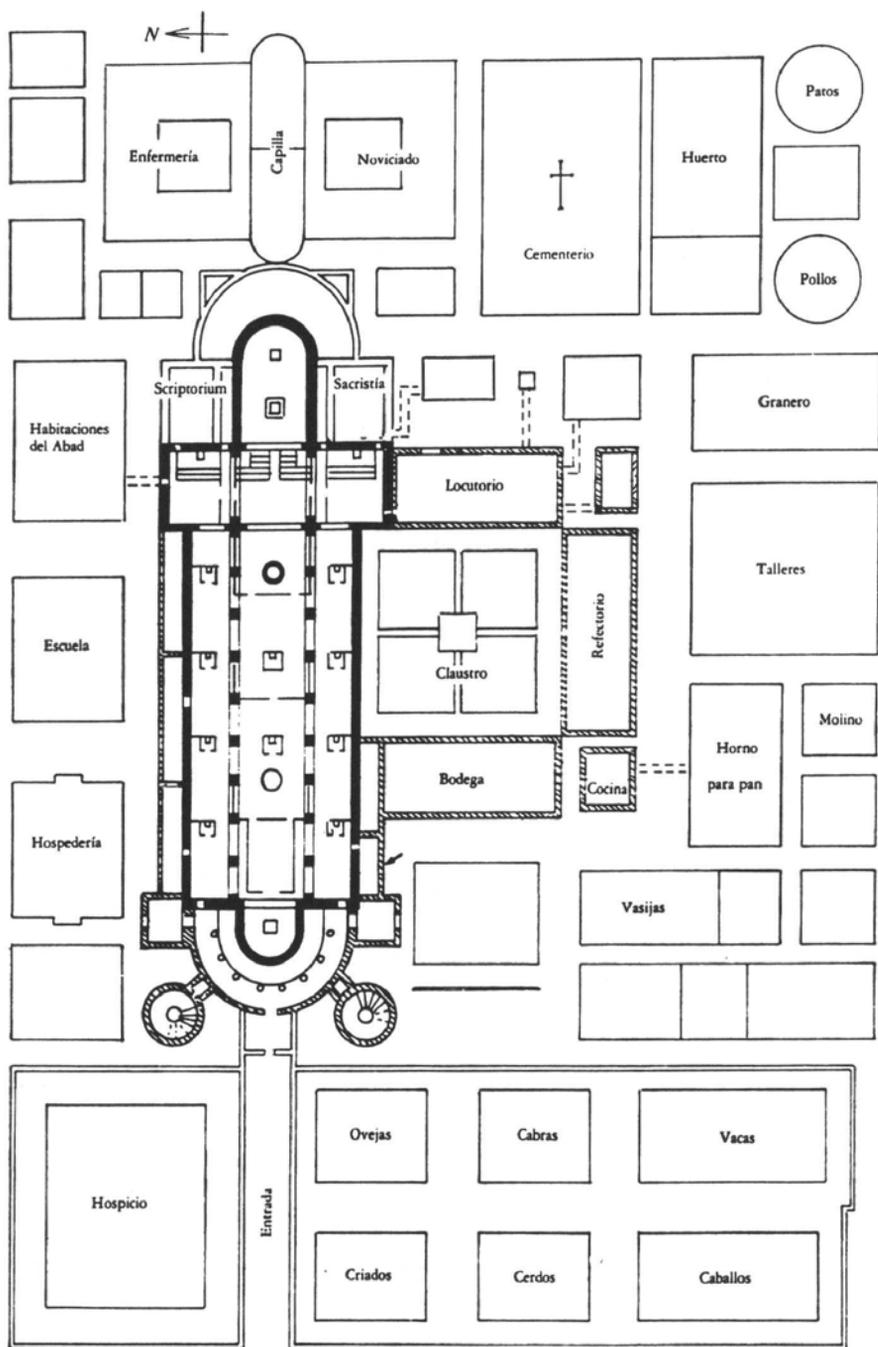
Los primeros monasterios en Occidente.

En vano buscaríamos una tradición única en el desarrollo constructivo de los monasterios occidentales. La vida en común de los monjes también aquí hacía precisa la existencia de una serie de dependencias, como nos informa la regla de San Isidoro (560-636): «Es de gran importancia que vuestro monasterio tenga extraordinaria diligencia en la clausura, de modo que sus elementos pongan de manifiesto la solidez de su observancia... La fábrica del monasterio solamente tendrá en su recinto una puerta y un solo postigo para salir al huerto... Las celdas de los monjes han de estar emplazadas junto a la iglesia, para que les sea posible acudir con presteza al oficio. La enfermería, en cambio, estará apartada de la iglesia y de las celdas de los monjes, con objeto de que no les perturbe ninguna clase de ruidos ni voces. La despensa del monasterio debe estar junto al refectorio, de modo que por su proximidad se presten los servicios sin demora. El huerto, asimismo, ha de estar incluido dentro del recinto del monasterio, en cuanto que, mientras trabajan dentro los monjes, no tengan pretexto alguno para andar fuera del monasterio». Muros, celdas, iglesia, enfermería, despensa, refectorio, huerto, normas generales de ordenación, pero ningún principio arquitectónico estricto, ni siquiera alusión a un claustro como elemento centralizador. En consecuencia, los vestigios que nos han llegado de los monasterios visigodos, que fueron estudiados con detenimiento en esta sala durante el Primer Seminario sobre el Monacato hace apenas tres años, permiten reconocer buena parte de estos elementos (en Melque al menos dos recintos, construcciones diversas, iglesia porticada en el centro) que traen a la memoria soluciones del monacato oriental. ¿No existieron claustros en los monasterios visigodos? Pudo haberlos, de madera, pero es éste otro aspecto entre tantos como desconocemos relativos a su arquitectura. En cambio, textos contemporáneos aportan pistas

para entender uno de los caminos por los que pudo introducirse el claustro en la tipología monasterial. El claustro con galerías porticadas responde a una solución doméstica mediterránea, la de la casa con peristilo, de gran expansión durante el imperio romano. La «Regula Communis» de San Fructuoso (muerto en el 665) alude a los monasterios familiares: acostumbran algunos... convertir sus domicilios en monasterios, y con sus mujeres, hijos, esclavos y vecinos, comprometerse a vivir en común, erigir en ellos capillas en honor de los mártires y darles el pseudo título de monasterios». Así que no sólo debemos contar con una «inspiración» en la arquitectura doméstica, sino que tenemos constancia de la conversión de la propia casa en monasterio, donde mantendrían las dependencias antiguas con ciertas alteraciones.

Fuentes coetáneas de las visigodas vienen a aportar nuevos datos. En pleno siglo VII un texto nos menciona un monasterio que algunos interpretan muy próximo al modelo que permanecerá. Se trata de la vida de San Filiberto, en el pasaje alusivo a la fundación de Jumièges: el abad recibió de Clodoveo un terreno, «erigió allí un rectángulo de murallas altas como torres, un claustro maravilloso en la recepción, favorable para el recién llegado. En el interior luce la casa digna de sus habitantes. Al este se alza la iglesia, en forma de cruz... El claustro rico en piedras corre parejo con salas de arcadas, variadas bellezas deleitan el ánimo, rodeadas de aguas murmurantes. Al sur emerge doble el dormitorio, de 200 pies de largo por 50 de ancho. Para cada uno de los lechos penetra luz a través de las ventanas... Debajo hay salas geminadas, favorables para dos funciones. Aquí se cuidan y guardan los vinos, allí se preparan las buenas comidas. Allí se reúnen quienes con dignidad sirven a Cristo». Pese a los equívocos que pueda provocar el significado real de algunas palabras, parece que tenemos aquí, aparte del dormitorio común, paso siguiente a las celdas individuales, al menos otras constantes que perdurarán: los claustros y el interés porque las dependencias vayan ocupando una orientación específica.

Las investigaciones realizadas no han proporcionado certeza de que fuese cristalizando un modelo de monasterio único para Occidente en estos siglos de tránsito entre la Antigüedad y la Edad Media. La razón fundamental estriba en que todavía se mantenía una gran diversidad de reglas, incluso se creaban nuevas, algunas tan caracterizadas como las del famoso monacato irlandés, cuyo impresionante ascetismo o la belleza de sus manuscritos no llevaba un desarrollo arquitectónico paralelo. Quedan suficientes restos (Glendalough, por ejemplo) que permiten conocer sus enclaves, auténticas aldeas rodeadas por una empalizada, en que se distribuían chozas, pequeñas iglesias rectangulares (de menos de 10 m. en su lado mayor) y torres de discutida finalidad. En Irlanda se conjugaron los monasterios-aldeas egipcios, de donde procedían sus fundadores,



San Gall. Biblioteca capitular. Planta-tipo de un monasterio, alr. 820.
(Tomado de Oursel).

con el «hábitat» tradicional céltico. No debemos olvidar que entre sus normas de vida existía el precepto de la «peregrinatio», por naturaleza contrario al desarrollo arquitectónico.

El origen del modelo occidental se ha querido buscar en los primeros cenobios benedictinos. Las investigaciones arqueológicas no permiten confirmarlo. Tampoco la regla, la gran creación de San Benito de Nursia (480-553), propone criterios de ordenación arquitectónica (con independencia de la cuestionada paternidad de algunos de sus capítulos). Justamente se fija la regla en los espacios necesarios para los diversos usos, sin implicar una específica disposición. Así el capítulo LXVI determina: «Si posible fuere, se debe edificar el monasterio de modo que tenga dentro todo lo necesario. Esto es: agua, molino, huerta y otras piezas donde se puedan ejercer diversos oficios». A lo largo de otros capítulos va mencionando las dependencias: un dormitorio común o al menos para grupos de diez o veinte monjes, una habitación separada para los enfermos, una hospedería que tenga acceso directo a la iglesia, dos cocinas, una para los monjes y otra para los huéspedes, una celda para el portero junto a la puerta, y los baños, de uso libre para los enfermos y limitado («tardius concedatur») para sanos y especialmente para los jóvenes.

Como vemos, ninguna normativa especialmente novedosa. En cambio, el propio espíritu de la regla y algún otro precepto no específicamente constructivo colaboraron a que se creara el tipo monasterial occidental. El espíritu de la regla abunda en orden y rigor, cada acto de vida debe realizarse en su momento y en su sitio, bajo la dirección de un guía, el abad. Consecuentemente, el monasterio occidental dispondrá, como iremos viendo, un espacio para cada función, pensado, jerarquizado, acorde tanto con el uso como con el carácter espiritual y simbólico de dicho uso, producto de generaciones de monjes que vivieron ese mundo propio y de mentes directoras que reflexionaron sobre cómo debía organizarse. En cuanto a los preceptos concretos, aparte de algún otro que comentaremos enseguida, destaca el de la «stabilitas loci», la permanencia de los monjes en el lugar, presupuesto básico para que se cuide la materialidad del monasterio, puesto que ha de servir a los monjes durante toda su vida y la de generaciones venideras.

Los monasterios francos: el plano de San Gall.

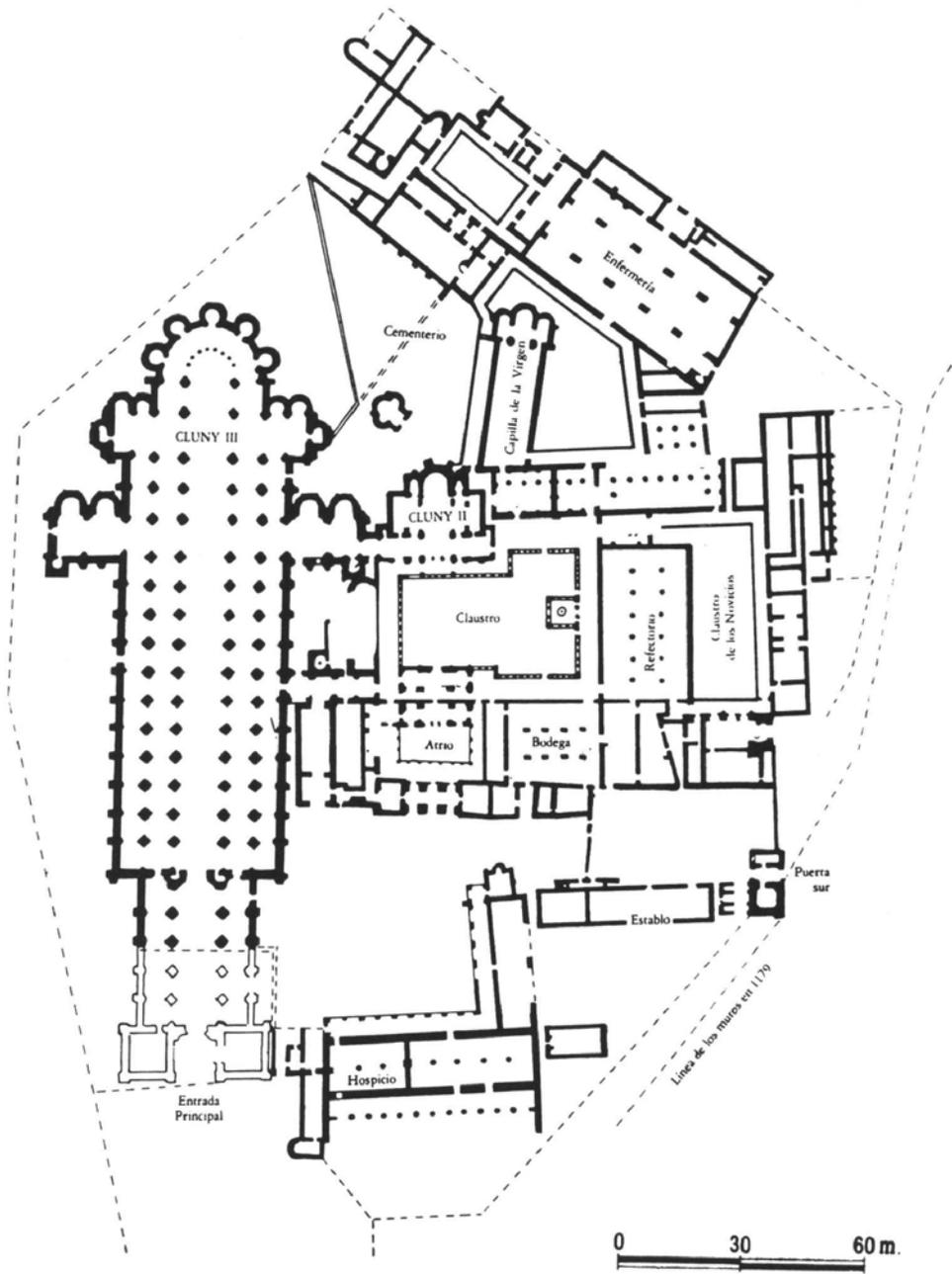
El modelo a seguir no se plasma en las fundaciones de San Benito, ni siquiera en sus seguidores de los primeros siglos. Habrá que esperar a la época carolingia para encontrar los pasos definitivos que lleven al esquema clásico

benedictino. Buena muestra son las soluciones incorporadas a monasterios como Fontenelle, Fulda, Centula, etc., donde se van definiendo elementos y situaciones, dentro de la variedad. Debemos considerar las nuevas circunstancias del mundo monástico: las reformas de Benito de Aniano (750-821), los edictos de Aquisgrán que unifican la vida monacal en los cenobios francos, el nuevo papel de los monasterios en la sociedad carolingia, todo hace admisible la hipótesis de Braunfels al afirmar que «el esquema clásico benedictino es una obra que caracteriza al renacimiento carolingio».

El famoso plano de San Gall ha sido abordado desde múltiples puntos de vista. Se ha resaltado su carácter de único plano arquitectónico europeo anterior al siglo XIII, pero para nuestro discurrir destaca por recoger, de manera utópica y haciendo abstracción de circunstancias específicas, la totalidad de las dependencias que pudiera precisar un gran monasterio; por disponerlas en la localización que, en líneas generales, va a perdurar durante la Edad Media; por recurrir a soluciones asimismo aceptadas y difundidas en adelante, como la organización de conjuntos de habitaciones articulados por claustros; por establecer un modelo medido y proporcionado a partir de módulos, anunciando así lo que será tanto la teoría (el simbolismo de la proporción basado en textos bíblicos) como la práctica de la arquitectura medieval no sólo monástica; y por ser una evidencia de la reflexión de que fue objeto, durante siglos, la perfección de los monasterios.

Se trata de un modelo, no un monasterio construido, y como tal lo presenta su autor, Haito abad de Reichnau (763-836), a su receptor, el abad de San Gall Gozberto (816-836), interesado en renovar su monasterio: «Te he enviado, dilectísimo hijo Gozberto, este modesto ejemplo de la distribución de las edificaciones monásticas, para que ejercites tu espíritu con ella... y puedas reconocer mi amistad». Ejemplo para ejercitar el espíritu, no plano listo para su materialización. Y siempre la discreción benedictina: «No creas que haya elaborado este proyecto porque creyéramos que vosotros necesitáis de nuestras enseñanzas, sino créeme que por amor a Dios lo hemos dibujado en amigable fraternidad para tu propio estudio».

Vamos a dar una serie de indicaciones sobre el plano cuya esquematización reproducimos. Vemos que todo el conjunto se ordena en un ámbito rectangular cuyo centro está ocupado por el claustro principal. Tal y como quedará definitivamente, la iglesia de gran tamaño (mucho mayor que las de los monasterios precarolingios) ocupa toda la parte norte, el dormitorio y calefactorio-locutorio la oriental, el refectorio la meridional, y la bodega y cilla la occidental. Esta es la ordenación que perdurará, con la ausencia de la sala capitular que no se fijará hasta Cluny. Fuera de esta zona nuclear se emplaza el hospicio (a



Cluny (Borgoña, Francia). El conjunto de los edificios del monasterio en 1157, según J. K. Conant. (Tomado de Oursel).

occidente, junto a la puerta de acceso), la hospedería y la escuela exterior (al norte), el cementerio, enfermería y noviciado (en la zona oriental), y todos los talleres, junto a las dependencias agrícolas y ganaderas (en toda la banda meridional, de un extremo al otro). En líneas generales la lógica que preside toda la ordenación aseguró su repetición en construcciones posteriores. Muchos otros detalles podrán mantenerse o alterarse. Así no se fijará la localización del «scriptorium» en el ángulo que forman el brazo norte del transepto y la cabecera de la iglesia, donde también emplazaba el plano suizo la biblioteca, probablemente por un deseo de cercanía a la casa abacial. En cambio, sí perdurará la cocina en el ángulo SO del claustro, próxima al refectorio y la cilla como al horno. Asombran en San Gall la cuidada interrelación de ámbitos, claramente agrupados por funciones, así como el minucioso detallismo de su plasmación en imagen, donde no se descuidan ni el número de lechos del dormitorio o de mesas del refectorio, ni el de toneles en la bodega, hasta incluso las especies que han de cultivarse en el herbario de plantas medicinales.

La pormenorización ha animado a sus estudiosos a realizar reconstrucciones gráficas y en maqueta, cuyo interés estriba más en la accesibilidad visual para aquellas personas poco avezadas en la interpretación de plantas, que en la reproducción de algo que fue, justamente porque en las pieles de ternera se diseñó una utopía. Por desgracia, ningún monasterio carolingio ha legado vestigios suficientes a la posteridad. Sólo ciertas iglesias y alguna construcción aislada (torre-pórtico de Lorsch) nos acercan físicamente a las grandes fábricas de estos abades, forjadores de conjuntos que iban a condicionar definitivamente el ulterior desarrollo de los monasterios medievales, quizá producto, como insinúa Braunfels, de la misma mentalidad planificadora que movió los ejércitos francos en la expansión de su imperio.

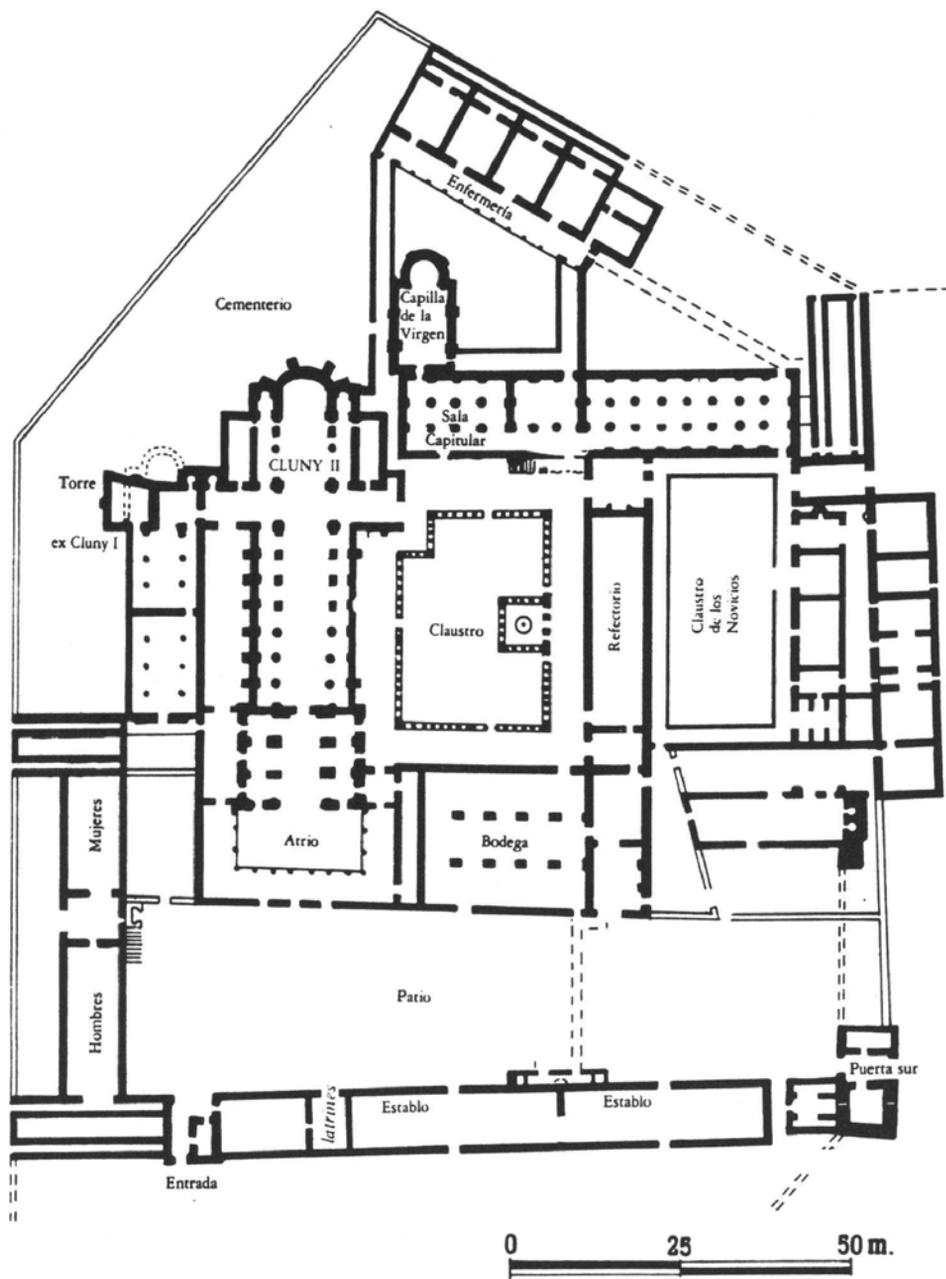
Cluny y Císter.

San Gall no se edificó conforme al plano, pero los principios ordenadores parece que fueron aceptados o incluso eran moneda corriente en el siglo IX y X, puesto que las magnas fábricas de Cluny II y Cluny III recogen buena parte de sus peculiaridades. Factores como la renovada espiritualidad benedictina, el privilegio de exención (que hacía depender a Cluny directamente de Roma) o el longevo y acertadísimo gobierno de cuatro abades excepcionales durante casi dos siglos, justifican el papel que jugaron los cluniacenses en la época románica. Pero lo que más nos interesa es calibrar su intervención en el desarrollo de los monasterios medievales. ¿Qué queda de Cluny? Una torre, parte del transepto,

el granero, dibujos, vistas, planos, probables descripciones medievales (sobre todo las «Consuetudines Farvenses») y todo lo que han sacado a la luz las generaciones de estudiosos encabezadas por K. J. Conant. Apenas subsisten espacios que podamos recorrer, pero sí podemos recuperar la planta y las directrices funcionales de un monasterio en continua renovación, «congelado» en dos momentos por la experta investigación de Conant: Cluny II hacia 1043 y Cluny III hacia 1157. Cluny II es el monasterio del abad Odilón (994-1049) a partir de la iglesia del abad Majolus (954-994). Cluny III es el del abad Pedro el Venerable (112-1156), obra en buena medida de Hugo de Semur (1049-1109). Probablemente no existió un momento preciso en que fueran como nos informan las plantas hipotéticas de Conant, esos estados ideales, pero las reconstrucciones del arqueólogo-arquitecto norteamericano aportan valiosísimos datos producto de largos años de estudio y reflexión.

Es Cluny II y su monasterio un amplio conjunto de edificaciones centradas por un claustro principal. La iglesia al norte con su galilea; la sala capitular, el locutorio y el dormitorio al este; el calefactorio, el refectorio y la sala de aliño al sur; y la bodega y la sala del pobrero al oeste, actuando como charnela en la esquina SO las cocinas de monjes y legos. Fuera de este ámbito principal se distribuyen la sacristía y talleres al norte del templo, y cerca de ellos la doble hospedería (hombres y mujeres) con sus correspondientes letrinas. Dicha hospedería se vincula lógicamente con la zona occidental, donde está la puerta principal, y en cuyas inmediaciones vemos también el hospicio, los establos y los dormitorios de conversos. En el lado opuesto, detrás de la cabecera de la iglesia, vemos como en San Gall el cementerio y la enfermería (con su baño y sala del médico). Al igual que en San Gall también encontramos al sur los talleres, tahona, etc., con la diferencia de localizarse aquí el noviciado en vez de al este. No es ésta la única diferencia con el plano suizo, sino que el «scriptorium» se ha trasladado al ala norte del claustro (la de mayor insolación) y allí mismo vemos la biblioteca, cerca de donde se fijará definitivamente.

Cien años más tarde, el monasterio de Cluny III ha aumentado asombrosamente en cuanto a dimensiones (se calcula un paso de setenta y tres a más de trescientos monjes) y consecuentemente en ordenación. Las gigantescas proporciones de la iglesia (cinco naves, doble transepto, girola con capillas radiales, 187 m. de longitud entre iglesia y galilea) obligaron a su edificación al norte del conjunto preexistente: no olvidemos que era un monasterio en uso, donde no se podía interrumpir sin más la actividad. Así que todo quedó trastocado, aun manteniéndose la idea del gran claustro central. Algunas dependencias apenas se alteraron (cocinas, sala capitular, locutorio), otras recibieron anejos (dormitorio), otras se ampliaron en el mismo lugar (refectorio,



Cluny (Borgoña, Francia). El conjunto de los edificios del monasterio en 1043, según J. K. Conant. (Tomado de Oursel).

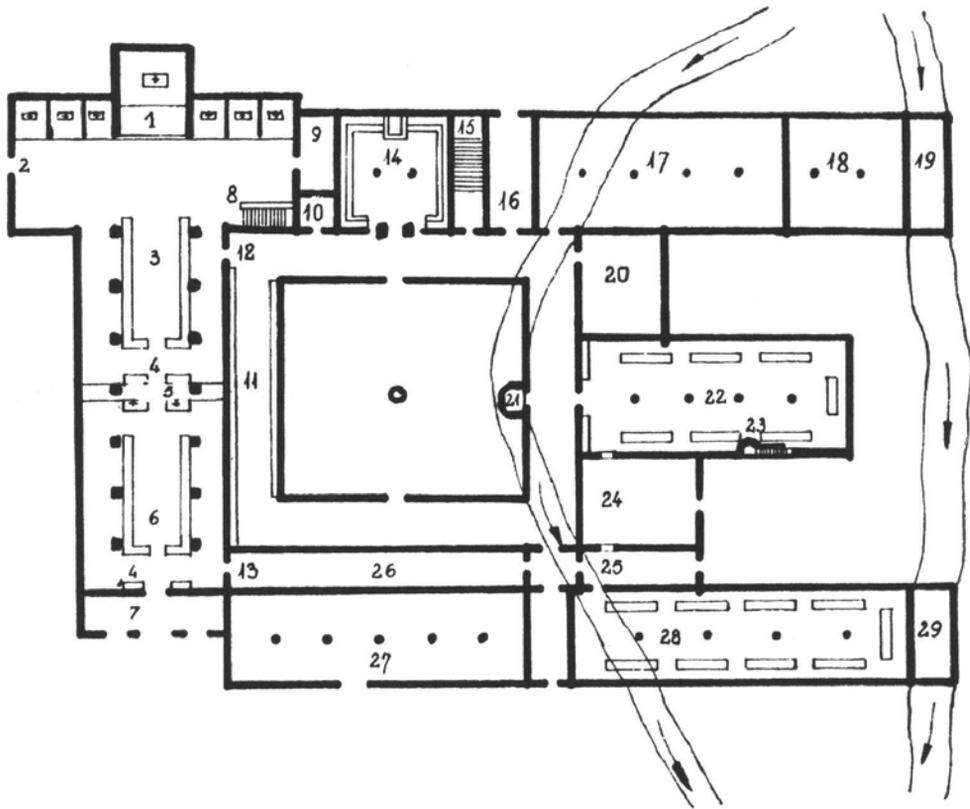
capilla de la Virgen), se trasladaron en las inmediaciones (sala de aliño) o desaparecieron (el cuerpo de la iglesia de Cluny II fue sustituido por una ampliación del claustro). Pero no se trata aquí de una nueva reflexión sobre cómo debía ser el monasterio ideal, sino de la ampliación de algo preexistente hasta alcanzar medidas impresionantes y poder así satisfacer con nuevos espacios las funciones que sólo a Cluny podían afectar: con capacidad para 1.200 monjes, se cuenta que en 1245 el monasterio pudo alojar cómodamente a la vez al papa, a San Luis y al emperador bizantino con sus respectivos séquitos, sin que se alterara la vida de los monjes.

Obra gigantesca, por tanto, una de las cumbres de la arquitectura medieval, pero no modelo perfecto a imitar en todo. La irregularidad de algunas dependencias causada por la necesidad de adaptación de lo previo, así como la desproporción con respecto a lo que eran las fundaciones habituales contemporáneas, hicieron que Cluny influyese en aspectos como la construcción en piedra del mayor número posible de dependencias o la decoración escultórica integrada en la arquitectura, propios de todo el movimiento románico y no sólo en Cluny, en tanto que no cristalizaron imitaciones «al pie de la letra». En esta cuestión los monasterios cluniacenses se mostraron mucho más diversos que lo que serán más tarde cistercienses o cartujos. Las circunstancias topográficas, económicas, sociales, constructivas o de otro tipo contribuyeron a que no se diera en Europa occidental una unificación benedictina derivada de Cluny en cuanto a formas materiales, de manera que cada monasterio de los siglos XI y XII nos sorprende con nuevas posibilidades, por supuesto dentro del esquema tipo previamente fijado.

Donde sí encontramos un modelo constante, repetido hasta la saciedad con mínimas diferencias, es en los monasterios cistercienses, probablemente la obra máxima de creación de un tipo que responda a unas necesidades generalizables a lo largo de toda la Edad Media. A partir del esquema previamente fijado que ya conocemos, San Bernardo y sus seguidores llevaron al grado máximo la funcionalidad práctica y simbólica (también las necesidades espirituales y simbólicas pueden recibir respuestas funcionales) de unas edificaciones que cubrieron durante los siglos XII y XIII todos los territorios de la Europa cristiana occidental. Las similitudes han permitido el establecimiento de un plano ideal cisterciense, que responde a las directrices generales de la orden y es bastante aproximado a lo que fue cada uno de los monasterios. Los principios rectores que lo diferencian de los anteriores son la austeridad (tamaño de la iglesia, supresión de elementos superfluos) y la reivindicación del trabajo manual (dignificación de construcciones agrícolas y talleres), en tanto que otras cuestiones, como la aplicación del módulo en su construcción, no

son exclusivas aunque sí muy esmeradas. En su conjunto, como siempre el cenobio se distribuye en torno a un claustro central tendente al cuadrado, de cuatro galerías parejas. Al norte se alza la iglesia, subdividida en espacios para monjes y conversos. Con muy buen tino se aprovecha el brazo sur del transepto para delimitar una de las esquinas del claustro, de modo que sin rupturas volumétricas figuran a continuación —nos referimos al lado oriental del claustro— la sacristía y el «armarium» (biblioteca), la sala capitular, la escalera, el locutorio, la sala de los monjes, el noviciado y las letrinas. Todo esto se encuentra en planta baja, porque sobre ellos se despliega el dormitorio común, tan amplio como fuese necesario. Ya a la crujía sur del claustro se abren el calefactorio (conectado con la sala de los monjes), el refectorio frente al lavatorio, la cocina y el refectorio de conversos. Para terminar, tras la galería occidental del claustro se encuentra el pasillo de conversos y la cilla. Fuera de este núcleo principal, especialmente en las bandas exteriores meridional y oriental, se alzaban las restantes dependencias precisas para la vida autárquica del monasterio. Pero los cenobios cistercienses no se limitaron a perfeccionar en detalles un esquema previo. Introdujeron novedades destacables de indudable importancia. Así dispusieron un acceso directo mediante escalera entre el dormitorio y la iglesia, que si bien favorecía el rápido desplazamiento, eficaz en determinados rezos, por otra parte suprimía el espacio intermedio «purificador» entre el ámbito del sueño (ocasión de asechanzas del maligno y descontrol de la propia consciencia) y el que debía ser sumamente puro de la oración. También reorientaron el refectorio, que dejó de ser paralelo para devenir perpendicular al claustro, con lo que se ganaba luz y facilitaba el emplazamiento de la cocina que podía servir también para el refectorio de conversos.

Visto en conjunto, el monasterio cisterciense respondía con la ordenación de sus espacios a una finalidad: la recuperación de algunas normas de vida benedictina modificadas por las circunstancias de la sociedad medieval. Se reforzaba el «labora» en la época disminuido frente al «ora» que ocupaba a los cluniacenses la mayor parte del día. Se recuperaba el «contemptus mundi», el alejamiento de la vida corriente, perdido a causa de las obligaciones que habían ido adquiriendo los monasterios y el papel que jugaban en la sociedad románica. Esta es la razón, la huida hacia el yermo apreciable desde la inicial elección de emplazamiento, que provoca el que el monasterio cisterciense sea un complejo vivido desde dentro, donde importa la armonía en el claustro y no preocupa la posible falta de armonía de los distintos cuerpos que sobresalen (refectorio) vistos desde el exterior, igual que no preocupa la ausencia de una fachada organizada o de grandes hospederías. Conforme a este sistema se alzaron cenobios por toda Europa durante varios siglos, de manera que la evolución



Plano ideal de un monasterio cisterciense (N ←).

1. Santuario; 2. Acceso al camposanto; 3. Coro de monjes; 4. Bancos para los enfermos;
5. Coro elevado; 6. Coro de conversos; 7. Nartex; 8. Acceso al dormitorio; 9. Sacristía;
10. Armarium o biblioteca; 11. Mandatum: banco corrido para lectura y el lavatorio;
12. Entrada de los monjes; 13. Entrada de los conversos; 14. Sala capitular; 15. Escalera al dormitorio; 16. Auditorio; 17. Sala para los monjes; 18. Noviciado; 19. Letrina para los monjes;
20. Calefactorio; 21. Fuente; 22. Refectorio de los monjes; 23. Púlpito;
24. Cocina; 25. Locutorio del cillero; 26. Callejón de los conversos; 27. Cilla; 28. Refectorio de los conversos; 29. Letrina para los conversos. (Según Braunfels).

de los estilos no afectó apenas a la distribución de espacios (Royaumont), ni tampoco la alteró la mayor o menor riqueza de las construcciones. Todavía hoy podemos recuperar en parte aspectos del marco que envolvió la vida de los monjes blancos en conjuntos vacíos como Fontenay, habitados como La Oliva o en ruinas como Fountains. Pese al interés inicial, la austeridad y el alejamiento del mundo que presidieron las fundaciones al principio, en muchos casos no se prolongaron cuando la espiritualidad cisterciense atrajo el favor de los poderosos. Palacios y panteones reales (caso clarísimo en los monasterios catalanes de Poblet y Santes Creus), intereses nobiliarios o cortesanos provocaron la complicación de los esquemas iniciales, de manera que esa máquina perfecta para la vida monástica creada en el siglo XII sufrió adiciones y alteraciones que pudieron apartarla parcialmente de sus objetivos. La austeridad que los cistercienses compartieron con otros movimientos religiosos contemporáneos (Hirsau, Alpirsbach, incluso en Cluny el espíritu de Pedro el Venerable) fue a veces abandonada por los bernardos, si bien permaneció como un ideal que reencontraremos en otras órdenes medievales.

Cartujos y mendicantes.

¿Tras la perfección la decadencia? No necesariamente. La arquitectura monacal todavía tenía que alcanzar importantes cimas en la historia europea, pero partiendo de presupuestos distintos. Las fórmulas monásticas con éxito hasta el momento iban a ser sustituidas por otras también creativas, que modificaron la ordenación del monasterio, porque el modo de vida y el papel de los monjes en el mundo había igualmente cambiado. Aunque el desarrollo de estas nuevas estructuras arquitectónicas pertenece a los siglos finales de la Edad Media, cronología que las aleja del marco inicialmente planteado en consonancia con la propia denominación del centro que nos acoge («Centro de Estudios del Románico»), vamos a incluir un par de reflexiones sobre los cartujos y las órdenes mendicantes.

La vida cartujana pone en práctica un compromiso entre el cenobio y el eremitorio. El conjunto y los detalles de las cartujas difieren de lo que venimos examinando hasta ahora. Aunque pueden variar en su colocación dentro del complejo, existen siempre tres patios, uno de acceso, un claustro pequeño y un claustro grande. El claustro menor viene a reproducir a escala reducida los grandes claustros de época románica: lo rodean la pequeña iglesia, la sala capitular y el refectorio asimismo disminuido. El claustro mayor, detrás de la iglesia y ocupado parcialmente por el cementerio, ordena en tres de sus

lados las celdas individuales. Cada una de ellas, a su vez, dispone una antecámara, una cámara y una salita, además del huerto, almacén y letrina. Toda la peculiar configuración de espacios, jerarquizados en relación a la vida común y la vida solitaria de cada cartujo, responde a una razón: iglesia y refectorio pequeños, pues son pocos monjes y pocas las veces que rezan o comen en común; la celda, por contra, amplia y completa, dado que en ella se desarrollaba la vida. Y todo presidido por la austeridad, todavía más patente si recordamos los enseres reglamentarios de que podían disponer: camastro, banco, mesa, biblioteca (pronto se sobrepasó el número inicial de dos libros), saco de paja, dos mantas, almohada de paja, cubiertos, herramientas, útiles de coser, peine, navaja de afeitar, útiles de escritorio y un crucifijo. Es evidente la necesidad de la presencia de conversos que facilitasen la vida contemplativa, pese al cultivo del huerto particular. Menos de media iglesia les quedó asignada, así como las dependencias precisas en el patio de acceso. Como vemos, preside un espíritu ordenado y funcional comparable al del monasterio cisterciense, producto del mismo momento histórico (la Grande Chartreuse inicia su andadura en 1084), pero cuyos ejemplares conservados son en todos los casos posteriores al románico.

La vida mendicante de franciscanos y dominicos también difiere de las anteriores, abierta como estaba a las poblaciones urbanas. Sus conventos son consecuencia del ambiente ciudadano en que se desarrolló el gótico, de modo que resultan más abiertos a la sociedad y menos preocupados por la espiritualidad comunitaria de los monjes. Iglesias grandes para acoger a mayor número de fieles, destinadas a la población, con numerosas capillas. Sala capitular y refectorio menos monumentales, como siempre en el claustro principal (que no mayor). Posibilidad de existencia de otro u otros claustros secundarios, por la simple razón de que el dormitorio común había sido sustituido por celdas individuales abiertas a las galerías de los patios, por lo que eran precisos espacios mayores. Aunque cada vez nos alejemos más de nuestro marco temporal, constatamos la tendencia al uso de celdas individuales como una realidad que se fue extendiendo a otras órdenes, incluidas aquellas cuya regla precisaba la existencia de dormitorios comunes. Así en los siglos de la Edad Moderna muchos monasterios benedictinos construyeron nuevos claustros o ampliaron (sobre todo en altura) los antiguos para adaptarse a las nuevas necesidades espaciales.

Con todo lo que llevamos tratado esperamos haber dibujado un panorama de la organización de espacios y funciones en el monasterio medieval como conjunto. Pasemos ahora a caracterizar de modo individualizado cada una de dichas dependencias.

Los ambientes espaciales.

La iglesia es sin duda la construcción más importante y domina, por su colocación o sus dimensiones, el resto del monasterio. Su relevancia le viene por su naturaleza de «domus Dei» y por la continua presencia en ella de los monjes para cumplir el precepto inspirado en el profeta («Siete veces al día te alabé»), que se organizó en el oficio divino a las horas de Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas, además de las Vigilias (Regla de San Benito, cap. XVI). El tamaño va en relación con el uso: comunidades pequeñas levantarán templos modestos, en tanto que los que cumplen otras funciones, desde parroquiales hasta representativas, necesitarán mayores dimensiones, igual que aquellos cenobios que agrupaban numerosos monjes. El espacio interior con frecuencia se compartimentaba de manera física o simbólica. En principio podemos decir que la jerarquización espacial podía diferenciar ámbitos para oficiantes, coro de monjes, conversos, personalidades y pueblo común, independientemente de las dimensiones (monasterios visigóticos por ejemplo). Esta jerarquización pudo marcar decisivamente las plantas de los edificios, como sucedió con el exagerado desarrollo de las naves de transepto vinculables a necesidades monásticas (Santullano). Dentro de la iglesia es el presbiterio el espacio sobresaliente, tanto en arquitectura como en decoración. San Benito no proporciona para el oratorio normas concretas: «Que sea... lo que su nombre indica»; pero, como vió Conant, presbiterio e iglesia pretendieron en ocasiones una plasmación sobrehumana («terribilis est locus iste» se canta en el introito de la misa de dedicación), lograda en buena medida «por la multiplicación y elaboración de elementos verticales». Bajo el presbiterio puede existir una cripta, bien para alojar reliquias, bien con finalidad constructiva, bien aunando ambos destinos. En los monasterios que recibían numerosos peregrinos se dispuso un pasillo en torno a la capilla mayor, la girola o deambulatorio, que podía tener una ventanita de acceso visual a la cripta (a manera de «fenestrella confessionis»). A esta girola, igual que al transepto, podían abrirse un número indeterminado de capillas, en relación con las necesidades de culto. La nave podía ser única, triple, o más raramente doble o quíntuple, con las divisiones a que antes hemos aludido. Podía contar con tribunas, asimismo en razón de usos no estrictamente monásticos. Fue frecuente entre los monasterios benedictinos la presencia de un pórtico a los pies, la galilea, de finalidad litúrgica. La materialización de estos espacios podía ser muy variada, condicionada evidentemente por el lugar, la época, las necesidades concretas de cada monas-

terio o de cada orden, las tradiciones, los deseos del abad, comunidad o promotores, sin olvidar que el espacio vivido no era sólo el construido, sino que se modificaba por la decoración, mobiliario litúrgico, etc. La presencia de pinturas y esculturas hacían de él, con frecuencia, un espacio parlante, que instruía a monjes y pueblo, a lo que se añadió el propio valor simbólico de microcosmos que vieron los escritores medievales en el todo formado por pilares, ventanas, capillas, proporciones, iluminación y muchos otros elementos cuya pormenorización rebasa las posibilidades de esta conferencia.

Espacio fundamental en la vida monástica medieval era el claustro, corazón del cenobio, jardín cerrado, perfecto en su forma cuadrada, rodeado por cuatro galerías porticadas sustentadas por arquerías, indudable pervivencia reelaborada de los peristilos generalizados en las casas romanas durante el imperio. Servía para múltiples funciones. Un texto contemporáneo precisa la ocasional localización en él del escritorio: «Si hubieseis entrado en su claustro, hubieseis podido ver una docena de hombres jóvenes, sentados en perfecto silencio, escribiendo sobre mesas construidas a este fin», menciona la referencia a la vida del abad Odón de Tournai. También en él estaba el «mandatum», banco corrido en su galería septentrional donde se efectuaba el lavatorio de pies mientras recitaban «mandatum novum do vobis...». Los monjes paseaban, meditaban, leían, celebraban procesiones, incluso contemplaban los capiteles y se distraían con ellos, apartándose de otras ocupaciones más aconsejables, tal y como denuncia San Bernardo en su célebre «Apología a Guillermo, abad de St. Thierry». En resumen, el claustro organizaba la vida completa del monasterio, con su generalmente única altura (los dos pisos no se difundieron hasta época avanzada), con las infinitas posibilidades estilísticas que le brindó el arte medieval.

A él se abrían todas las dependencias principales, entre las cuales sobresale la sala capitular, invención tardía que Braunfels atribuye a Cluny II, con su espacio tendente al cuadrado, capaz para la comunidad monástica y abierta mediante hermosa puerta y ventanales a la crujía oriental, tanto para permitir la audición por parte de legos y conversos, como por recuerdo simbólico de que estas mismas reuniones, donde se leía la regla y se debatían los asuntos que afectaban a la comunidad, se celebraban antiguamente en un pórtico o galería.

Los restantes ámbitos contaban generalmente con escasos condicionamientos funcionales o espaciales. El refectorio debía ser tan amplio como precisara el número habitual de comensales, con un lugar específico desde el cual se leyeran los textos que alimentan el espíritu mientras el cuerpo hacía lo propio, lo que generalizó la existencia de púlpitos en alto, con soluciones tan logradas como escaleras integradas en el muro (recuérdese el bello de Santa María de Huerta).

El dormitorio común, igualmente amplio, en lo posible procuraba disponer de abundantes ventanas, a fin de que cada monje tuviera iluminación suficiente para la lectura (como indica el texto de la vida de San Filiberto: en el dormitorio «para cada uno de los lechos penetra luz a través de las ventanas y, atravesando los vidrios, la luz favorece a quienes leen»). Al entrar entre benedictinos y cistercienses en el piso alto, a menudo no quedaba abovedado, lo que no impedía la belleza de ámbitos cubiertos por armaduras sobre arcos transversales como en Poblet o Santes Creus. La sala de los monjes, el «scriptorium», la cilla, el locutorio, etc., precisaban escasos elementos específicos. De dimensiones variables, en los casos más monumentales aumentaban sus espacios con la adición de tramos o naves articulados mediante columnas y arquerías. Para el calefactorio eran suficientes una o dos chimeneas. Las cocinas, en cambio, solían disponer de cinco salidas para el humo, una central y cuatro en las esquinas, aunque ejemplos tan impresionantes como Fontevault multiplican su uso: una central, ocho absidales y doce secundarias. El lavatorio adquirió, en su tipología más conseguida, la forma de un templete poligonal de lados perforados mediante arquerías y gran fuente central, de modo que ponía un toque de ruptura armónica en el encadenado desarrollo de las galerías claustrales. Ni que decir tiene que la materialización de todos estos ámbitos variaba considerablemente de un monasterio a otro, hasta alcanzar cotas de belleza y armonía comparables a las de las propias iglesias.

Podríamos alargarnos describiendo otras dependencias igualmente conseguidas pero no imprescindibles. Así a lo largo de los monasterios medievales nos sorprenden hermosísimas salas de huéspedes (Mont St. Michel), palacios del abad o de los reyes (Poblet, Santes Creus), graneros (Cluny), forjas (Fontenay), granjas (Volleron), etc. Quizá conviene resaltar entre todos estos espacios los funerarios. No existió un único criterio en la localización de las tumbas. Sabemos que el deseo de cercanía a los cuerpos santos llegó a influir en la configuración espacial de los templos monásticos (San Germán de Auxerre); sin embargo, pasaron siglos antes de que se hiciese habitual el enterramiento de laicos, por muy importantes que fueran, en el interior de las iglesias. Así que se arbitraron otras soluciones, desde el emplazamiento de panteones a los pies del templo (San Isidoro de León), a la muy frecuente invasión de los claustros, tanto en su centro (Silos), cuanto en las iglesias (Oña). Ya en los monasterios cistercienses se hizo habitual el enterramiento con mausoleo en el centro del presbiterio destinado a los patronos de los monasterios, aunque en la mayor parte de los casos en época moderna los sepulcros fueron removidos a los laterales del ábside o de las naves (un ejemplo significativo en el monumento funerario seccionado por la mitad de Carrizo). A veces se llegó a disponer

un panteón de nobles cercano al real, como en San Juan de la Peña. Con los siglos finales de la Edad Media se produjo la invasión del templo por los difuntos linajudos o ricos, con la consiguiente proliferación de capillas privadas cuyo uso despertó la pasión por los pleitos que llenaron los archivos de nuestro país durante las centurias XVI y XVII. Los monjes, como hemos señalado, tenían su propio cementerio, normalmente detrás de la cabecera de la iglesia, aunque encontramos inscripciones alusivas a sus tumbas también en los claustros, en tanto que los abades prefirieron las salas capitulares como última morada. No debemos terminar este breve repaso a los principales ámbitos de los monasterios sin aludir a las torres, no por hacerse vida en ellas, sino porque dominaban con su presencia y el sonido de sus campanas tanto el paisaje como el tiempo de la vida monástica. Las torres, que eran un aviso visual y un referente fundamental en la organización de los volúmenes del monasterio hacia el espacio exterior, no se explicaban sólo por la necesidad del campanario. Es más, las campanas que rigieron la vida de Cluny estuvieron emplazadas hasta el siglo XV en una torrecilla, no en los impresionantes prismas que flanqueaban la iglesia. De igual modo, los cistercienses en su austeridad y alejamiento del mundo prefirieron una modesta espadaña, que cumplía con su cometido suficientemente, a esas otras señas que identificaban al cenobio cara al mundo externo. Si en ocasiones las torres cumplieron una finalidad práctica de vigilancia, defensa, o incluso protección de bienes preciados, consecuentemente pronto formaron parte importante de la simbología que veía en el monasterio una «civitas Dei», que había de defenderse de los peligros del entorno y a la vez manifestar el poder de su divino señor.

Tras este repaso, un tanto apresurado, de la especialidad y funcionalidad del monasterio medieval en relación con la vida cotidiana, no debe quedar la idea de que todo está dicho y todo lo sabemos acerca de estas construcciones, ni la impresión de que la aplicación de unas reglas con variantes agota la realidad que fue y todavía hoy podemos en parte recuperar. Cuando recorremos nuestras regiones europeas, encontramos una y otra vez monasterios que escapan a lo que venimos explicando. Tal sucede, por ejemplo, con abundantes edificaciones anteriores al año mil: recordemos San Millán de la Cogolla con su iglesia de dos naves, su pórtico funerario o sus dependencias rupestres integradas en el conjunto; o la imagen que nos ha llegado del monasterio de Távara, dominado por la gran torre junto a la cual trabajan los componentes del escritorio. También con los lugares donde la topografía se impone hasta hacer inservible el esquema habitual, de tal manera que la paciente labor monacal hace brotar maravillas como Mont St. Michel o San Juan de la Peña, cuyas dependencias se escalonan en altura. Una tercera posibilidad de alejamiento de la norma se localiza donde

la propia norma de vida y funcionamiento se aparta de lo corriente, como sucedió en los antiguos monasterios dúplex tardos y altomedievales, con alguna que otra manifestación en los siglos del románico: así la magna plasmación de Fontevrault, que incluía tres cenobios femeninos, de vírgenes y viudas, leprosas y enfermas, y arrepentidas, junto a uno masculino, todos ellos gobernados por una única abadesa. Y cómo no, donde menos se espera, la evidencia de ámbitos cuya función problemática no acaba de ser definitivamente aclarada por las hipótesis propuestas, como sucede con ese hermoso y logrado espacio sobre el crucero de Santa María de Santa Cruz de la Serós.

Unas consideraciones finales.

¿Las normas de vida que contienen las reglas precisan de espacios sólida y bellamente contruidos? ¿Por qué unas edificaciones grandes y lujosas para monjes que han de vivir la pobreza? Lo primero a tener en cuenta es que estos interrogantes no son exclusivos de nuestro tiempo, sino que ocuparon y preocuparon a los propios monjes medievales. Ya San Jerónimo había condenado las riquezas de los seguidores de Cristo, al comparar su modo de vida con el de uno de los iniciadores del alejamiento del mundo, San Pablo Ermitaño. A lo largo de los siglos medievales se fueron sucediendo y enfrentando diversas soluciones. Desde la regla de San Isidoro, que ve en las buenas edificaciones una manifestación de la propia solidez de la observancia, pasando por la regla de San Benito, cuyo capítulo XXXI encarga al mayordomo el cuidado de «todos los bienes y muebles de monasterio, como si fueran vasos sagrados del altar, ninguna cosa tenga en poco», mandato fácilmente extensible a la arquitectura. La polémica vivió particular virulencia en el siglo XII, cuando San Bernardo arremetió contra el lujo excesivo que implicaban las gigantescas iglesias de los benedictinos y su esmerada decoración, para predicar una mayor austeridad. Pero las apariencias no deben engañarnos, pues la dignidad del trabajo y de la obra bien hecha en que se empeñaron los cistercienses también resultaba muy costosa, hasta el punto de que autores como Pedro el Venerable los acusaron a su vez de orgullo desmedido («os apartáis de los demás y os preferís a todos»), orgullo al que quizá no fueran ajenas las rotundas y espléndidas fábricas de grandes sillares con que los bernardos sembraron Occidente. Nuevos empeños en favor de la pobreza guiaron a franciscanos y dominicos, que no siempre perseveraron con el paso de los años. Y es que nada podría ser excesivo para la «domus Dei», de modo que resultaba difícil resistirse a dotar de belleza y riqueza a los monasterios, puesto que esta belleza y riqueza —está compro-

bado— también constituían un medio para acercar a los hombres a Dios. No obstante lo dicho, es posible que los restos conservados, donde prima la piedra, hayan viciado nuestro conocimiento de la generalidad de la arquitectura monástica. No todo fue tan rico y bien edificado, sino que muchos cenobios apenas pasaron de tener dependencias de madera y otros materiales perecederos, que no han dejado más huella que los mechinales para vigas en los muros.

¿Fueron los monasterios en su materialidad un caso único en el panorama medieval, o formaban parte de un rico acervo arquitectónico cuyas otras manifestaciones han ido desapareciendo por causas diversas? Si bien el modelo organizativo no es exclusivo de los monasterios, en tanto que lo vemos en catedrales de manifestaciones arquitectónicas al menos igualmente ricas (por ejemplo, en la seo de Pamplona, iglesia, claustro, dormitorio, refectorio, consistorio, lavatorio, incluso cocina pueden compararse sin demérito con cualquier construcción monástica contemporánea), resulta indudable que la perfección alcanzada por el nivel medio de los cenobios era superior a casi todos los conjuntos de su tiempo, excepto los catedralicios. Tenemos una clara evidencia en nuestro país, donde los pocos ejemplares de palacios románicos no resisten el parangón con los monasterios (lo podemos comprobar en el supuesto palacio episcopal de Avila), y lo mismo sucede en las edificaciones domésticas o en complejos de fama internacional y abundantes recursos como el hospital de Roncesvalles.

¿Construían los propios monjes? Antes de responder a la pregunta, conviene señalar que la importancia que hoy concedemos al arquitecto que diseña y dirige las obras de un edificio no es aplicable, sin más, al mundo medieval. Para que una construcción llegara a buen término, para que se materializaran los espacios donde se desarrollaría la vida cotidiana de los monjes, era más importante el promotor que el arquitecto, y el promotor, el que conseguía los fondos y estaba detrás de la obra, sí solía ser un monje, normalmente el abad. Además tenemos constancia de monjes-arquitectos, como hacen pensar las referencias al abad Guillermo que dirigió a los maestros y condujo la construcción de San Benigno de Dijon, según crónicas de la época; o de casos similares abundantes en el Cister, como el Egidus de Rubidii o Gil Rubio del monasterio de Rueda. Pero la labor del cantero requería un oficio especializado fuera del alcance del monje medio, por lo que no cabe generalizar en cuanto a que los monasterios sean obra material de los propios monjes. Otra cosa son las construcciones iniciales donde se establecieron antes de la elevación de las grandes fábricas, o las mejoras sobre fábricas preexistentes abandonadas, donde sí podemos admitir la intervención de la comunidad sin la colaboración de maestros especializados. Inscripciones como la de San Miguel de Escalada

dan buena cuenta de la labor de vecinos de la zona en las obras durante el siglo X: «fueron concluidas estas obras en doce meses, no por imposición autoritaria ni oprimiendo al pueblo, sino por la vigilancia insistente del abad Alfonso y de los hermanos» (año 913). Para terminar, de lo que no podemos dudar es de la responsabilidad monacal en la elaboración de las trazas o líneas generales de los edificios, bien por intervención directa de un monje como en San Gall, bien por la aplicación de las normas generales recomendadas por cada orden.

Creemos que el panorama trazado en esta conferencia permite situar en su preciso ámbito cada una de las actividades que van a analizarse a lo largo del seminario. Hemos visto cómo las normas de vida recogidas en las diferentes reglas imponen la necesidad de diferentes ámbitos conforme a las diferentes funciones. También cómo el monasterio fue organizándose para obtener «máquinas» perfectamente estructuradas, sobre todo en los siglos del románico, y cómo las diversas partes integrantes adquirieron una plasmación monumental, no imprescindible para la vida comunitaria (muchos monasterios o parte de sus dependencias no pasaron de emplear madera, mampostería y otros materiales poco duraderos). El resultado fue la proliferación de estas construcciones, que sin duda escribieron una de las páginas más importantes de la arquitectura occidental, donde pudo llevarse a cabo su verdadera finalidad, la de construir el marco adecuado para la santificación de unas vidas al servicio de Dios.

BIBLIOGRAFIA

- BRAUNFELS, W., *Arquitectura monacal en Occidente*, Barcelona, 1975.
- CABALLERO ZOREDA, L., *Monasterios visigodos. Evidencias arqueológicas*, en «Codex Aquilarensis», 1 (1988), págs. 31-50.
- CONANT, K. J., *Arquitectura carolingia y románica*, Madrid, 1982.
- DIMIER, A., *L'Art Cistercien*, 2 vols., La Pierre qui vire, 1971.
- DUBY, G., *San Bernardo y el arte cisterciense*, Madrid, 1981.
- HENRY, F., *L'Art Irlandais*, 3 vols., La Pierre qui vire, 1963-64.
- KRAUTHEIMER, R., *Arquitectura paleocristiana y bizantina*, Madrid, 1984.
- LEBRAS, G., *Les Ordres Religieux. La vie et l'art*, 2 vols., París, 1979-80.
- NEWMAN, J. H., OURSEL, R. y MOULIN, L., *La civilización de los monasterios medievales*, Madrid, 1987.
- OURSEL, R., *El mundo románico*, Madrid, 1983.
- VV. AA., *La comunicación en los monasterios medievales. XV centenario de San Benito*, Madrid, 1980.